

CANAL, Jordi y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (eds.): *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX*. Madrid: Casa de Velázquez, 2012, 173 pp.

Este libro es resultado del coloquio internacional *Guerras civiles en la Europa contemporánea. Una visión desde España y Francia* que se celebró en la Casa de Velázquez de Madrid los días 25 y 26 de mayo de 2009 con el objetivo de profundizar en el estudio de las guerras civiles como elementos fundamentales de la historia contemporánea europea. Como los editores señalan en la Presentación de la obra, dicho encuentro estuvo organizado en cuatro partes diferenciadas: perspectivas teóricas y metodológicas, guerras civiles en el siglo XIX, guerras civiles en el XX y, por último, las imágenes del enemigo en este tipo de conflictos bélicos. Lo primero que llama la atención de este libro es la notoria falta de preposiciones en algunas oraciones, un cierto descuido en la edición que, sin embargo, no resta trascendencia ni calidad historiográfica a los textos que ahora serán presentados y reseñados por separado.

El trabajo de Eduardo González Calleja está dedicado a realizar un estado de la cuestión. Para ello parte de una breve reseña del «discontinuo y subordinado»

(p. 7) interés que ha recibido el tema desde el siglo XVI hasta las últimas décadas del XX, período este último en que las guerras civiles han ocupado un lugar central en las preocupaciones de los estudiosos. El autor interroga a las ciencias sociales sobre la posibilidad de encontrar un arquetipo de guerra civil, un modelo que permita la comparación ideal con las diversas experiencias históricas; sobre los factores que determinan las causas, la duración y la recurrencia de las guerras civiles; sobre el porqué y el cómo de la violencia en estos conflictos; y sobre los elementos que explican la forma en que terminan las guerras civiles. Una de las manifestaciones de los relativos avances conseguidos en este campo es que las ciencias sociales pueden ofrecer, después de décadas de discusión teórica, una definición general de las guerras civiles como «un proceso de violencia en gran escala que enfrenta a dos o más grupos dentro de un Estado reconocido que lucha por el control del gobierno o la extensión de su jurisdicción» (p. 10); una definición que tiene mucho que ver con el concepto de guerra civil elaborado por Charles Tilly hace ya más de treinta años. En cualquier caso, la dificultad de encontrar claves explicativas de las guerras civiles a partir del análisis comparado en un campo de estudio dominado aún por estudios descriptivos y presentistas conduce al autor a concluir afirmando que «la ambigüedad es y será el rasgo definitorio de las guerras civiles» (p. 24).

Jordi Canal emplea sus páginas sobre las guerras civiles en el siglo XIX para sugerir la existencia de una larga guerra civil europea a lo largo del período, que habría estado vertebrada por el enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, un enfrentamiento que no respetó las fronteras trazadas por los Estados y que afectó con claridad a España, Francia, Portugal e Italia. El primer argumento central de Canal para sostener tal aserto (del que se deriva la necesidad de analizar el conflicto desde una perspectiva transnacional o

comparativa, no queda muy claro) consiste en el testimonio de muchos contemporáneos que interpretaron que la lucha entre revolucionarios y contrarrevolucionarios era siempre la misma aunque se entablara en países diferentes. De aquí que Canal considere, en segundo lugar, que lo que estaba en juego en esos enfrentamientos entre esas dos grandes visiones del mundo fuera la forma que habrían de tomar las sociedades contemporáneas. La debilidad de ambos argumentos reside, a mi parecer, en que detrás de estas experiencias individuales y estas visiones del mundo compartidas no existía una organización global que sustentara un proyecto político sólido de naturaleza internacional, ni de carácter revolucionario ni contrarrevolucionario, por mucho dinero o por muchas personas, armas e ideas que circularan por Europa occidental en el siglo XIX (p. 37). En otras palabras, que los contemporáneos consideraran que la lucha de la contrarrevolución fuera la misma en España y en Francia no quiere decir que realmente fuera la misma lucha, aunque algunos de ellos participaran en ambas. Otro interrogante que despierta el trabajo de Canal está en relación con el concepto de guerra civil que utiliza. Pues si González Calleja había ofrecido sólo unas páginas más atrás una definición general de consenso (lucha por el poder de un Estado entre dos o más grupos), este autor parte de una idea un tanto primaria de la guerra civil como guerras «fraternas, entre hermanos» (p. 26), lo que le permite considerar que en el siglo XIX hubiera una guerra civil italiana antes de que existiera un Estado italiano. Pedro Rújula, por su parte, analiza el siglo XIX español a partir de un enfoque similar y considera que desde la Guerra de la Independencia hasta la Restauración borbónica lo que ocurrió en España fue una continua guerra civil entre revolución y contrarrevolución. Además, Rújula sostiene que la guerra civil fue utilizada como argumento político por los diferentes personajes, grupos y partidos en los sucesivos enfrentamientos del

período, en ocasiones como una oportunidad para ampliar la participación popular en el sistema político, y que se terminó convirtiendo en una seña de identidad del carlismo, la expresión genuina de la contrarrevolución española.

Algo más problemática resulta la interpretación que de la jornada del 2 de diciembre de 1851 en Francia hace Eugenio di Rienzo. Después de un análisis de la preparación, desarrollo y reacciones al golpe de Estado, un golpe sustentado en la movilización de la opinión pública, el autor concluye con afirmaciones de dudosa validez científica, como que la República no murió asesinada sino que Luis Napoleón terminó con «un cuerpo agotado por una enfermedad autoinmune, al que las bayonetas de Magnan [comandante militar de París y conspirador] infligieron el último, quizás misericordioso, golpe de gracia» en un acto de fuerza considerado un «delito necesario» (p. 69). Porque lo que Napoleón hizo fue

un ataque preventivo contra un doble y contemporáneo intento subversivo preparado por los *ultras* de derechas y de izquierda. Una intentona que, de haberse llevado a cabo, hubiera sumido a la nación en los horrores de la guerra civil debido a la incapacidad de cualquiera de las partes para controlar la situación una vez que hubiese logrado el poder (p. 69).

Esta contundente afirmación no necesita mayor prueba, sin embargo, que los testimonios en dicho sentido de los contemporáneos, convencidos de la necesidad y eficacia del golpe de Napoleón, lo cual no resulta muy convincente desde el punto de vista historiográfico.

François Godicheau, por su parte, considera que la guerra civil ha sido considerada desde la Grecia clásica como parte funcional del binomio orden-desorden. La naturaleza valorativa de esta definición conduce al autor a señalar la dificultad para encontrar categorías analíticas eficaces que permitan distinguir entre el objeto de estudio, por un lado, y las percepciones de

los protagonistas y las narrativas construidas por las políticas de memoria, por otro. Desafortunadamente, la conclusión a que llega Godicheau tras una exposición un tanto caótica y de lectura algo farragosa consiste en enunciar un concepto de guerra civil que mezcla ambas realidades, la guerra civil como objeto de estudio y el recuerdo de la misma como un recurso cultural empleado en procesos políticos posteriores: la guerra civil es

una crisis en el seno de una comunidad imaginaria que se expresa por una lucha a muerte entre instituciones políticas y formas de poder que pretenden encarnar la comunidad originaria, lucha que deja lugar luego a la utilización del recuerdo de la guerra, calificada de civil, para consolidar un tipo de poder estatal, un tipo de orden político (p. 85).

Una definición poco operativa desde el punto de vista analítico que no resuelve la contradicción entre guerra y memoria de la guerra, dos fenómenos históricos diferentes que han de ser analizados e interpretados de forma autónoma.

José Luis Ledesma Vera, por otro lado, plantea la relación entre la violencia política y la guerra civil haciendo uso de un enfoque que permita extraer hipótesis relacionadas con la desproporcionada mortandad civil y el alto nivel destructivo de las guerras en las sociedades contemporáneas. Para ello se interroga sobre los orígenes y las causas de la violencia desatada en la guerra civil española partiendo de la evidencia de ciertas singularidades de la historia de España, como la ausencia de una cultura cívica o la persistencia de una cultura bélica, y de las dificultades inherentes a utilizar de forma acrítica conceptos historiográficos elaborados en el extranjero para analizar situaciones o procesos concretos de la realidad histórica española, tales como los de brutalización de la política o cultura de guerra. Este autor sostiene, en definitiva, que la cultura de guerra presente en la primera parte del siglo xx español y las subculturas políticas excluyentes que la conformaban

sirven para explicar la violencia política desatada durante la guerra civil, aunque señala la necesidad de establecer ciertas cauteles fundamentales. Primero, porque esa cultura de guerra resulta insuficiente para comprender aspectos más concretos de la violencia como el desencadenamiento y la activación de las prácticas violentas, su tipología y sus ritmos. Segundo, porque la violencia, en cualquier caso, continúa siendo consecuencia del estallido de la guerra civil, y no al revés, como lo demuestra el salto cuantitativo y cualitativo que suponen las masacres del verano de 1936. Y tercero, porque la guerra vio la elaboración de relatos relativamente novedosos, una cultura de guerra de nuevo cuño que continuaba legitimando la eliminación del contrario tras la contención del terror caliente que supuso el fortalecimiento de la autoridad estatal en ambas retaguardias. Todo ello conduce a concluir que la guerra en sí misma sirvió, sobre todo, para producir y expandir una cultura bélica que la dictadura de Franco utilizó con profusión hasta mediado el siglo xx.

De la guerra civil española también trata el capítulo escrito por Francisco Sevillano Calero sobre las imágenes del enemigo, insertas en las interpretaciones generales del conflicto que se fueron elaborando a ambos lados del frente, sobre todo a partir de la prensa. Del trabajo de Sevillano llama la atención poderosamente que, a pesar de reconocer la pluralidad de actores y culturas políticas leales a la República en guerra, las fuentes para documentar la interpretación que de la guerra se hacía en el campo republicano se reduzcan a los periódicos *ABC* y *Mundo Obrero*, órganos de Unión Republicana y el Partido Comunista respectivamente. Algo parecido puede sostenerse en relación con la imagen del rojo en el campo rebelde, que Sevillano analiza a partir de tres números de *La Gaceta Regional* de Salamanca, aunque es cierto que aquí remite el autor a su *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil* (Madrid: Alianza, 2007). La

imagen del enemigo es analizada asimismo por Angelo Ventrone en un ensayo sobre la consideración del enemigo político en la sociedad contemporánea que parte de la identificación entre enemigo y criminal para explicar la progresiva implicación masiva de la población civil en los enfrentamientos bélicos, que recorre algunos episodios de violencia centrales del siglo xx, como la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial, y que realiza una propuesta metodológica muy sugerente:

Si el enemigo es, ante todo, una construcción social, su representación, las herramientas usadas para localizarlo, reprimirlo y eliminarlo, son fuentes útiles para leer a contraluz cuáles son los temores y las angustias que una sociedad identifica como insostenibles en su seno y que tiene por lo tanto necesidad de descargar hacia el exterior, sobre sus víctimas (p. 126).

También destaca Ventrone la vuelta al presente de fenómenos relacionados con la violencia que parecían olvidados o que podían ser considerados cosa del pasado, como la violencia-espectáculo y el lenguaje pseudocientífico de origen médico.

Por último, el libro se cierra con el capítulo firmado por Stéphane Audoin-Rouzeau sobre los enfrentamientos callejeros entre fuerzas del orden y estudiantes en París durante mayo y junio de 1968. El autor interpreta los acontecimientos como una guerra civil mimética en la que las percepciones, los lenguajes y las formas de actuación desplegados en los conflictos se impregnaron de una fuerte pátina de belicismo. La principal debilidad de este trabajo reside, en mi opinión, en su naturaleza esencialmente descriptiva, que no permite comprender al lector ni la justificación del enfoque ni la razón de que esa mimesis bélica tuviera lugar. Del mismo modo, aunque el hecho de que la fuente principal del estudio sean los testimonios de los contemporáneos pueda parecer acertada, que en la práctica se reduzca al relato del prefecto de policía introduce un sesgo muy perjudicial que sin duda explica

que una de las conclusiones a que llega el autor sea una reivindicación de la responsabilidad policial respecto a la ausencia de muertes en los enfrentamientos.

A modo de conclusión, ha de señalarse lo saludable que resulta la edición de un libro de este tipo. Es cierto que la falta de consenso sobre el significado y los límites del concepto de guerra civil, que esta obra pone de manifiesto tanto de forma explícita como implícita, podría apuntarse como una debilidad teórica y metodológica, al restar unidad, homogeneidad y solidez al conjunto. Pero dado que no pretende ofrecer una versión monolítica del concepto ni una forma única de acercarse al fenómeno de la guerra civil, este libro convierte un aparente punto débil en su principal virtud, cumpliendo a la perfección con el objetivo de proporcionar una brújula bien calibrada al historiador, ya sea néofito, ya sea veterano, para conocer cuáles son los actuales cauces de la investigación en este campo de estudio. Una brújula que permite orientarse no sólo en el plano interpretativo (el siglo xix como una guerra civil europea), sino también en el analítico (la imagen del enemigo como representación social y el lenguaje bélico de los enfrentamientos contenciosos) y el metodológico (la utilización de testimonios directos como fuente esencial).

Isaac Martín Nieto
Universidad de Salamanca